

SOBRE CATEGORÍAS AFECTIVAS EN EL LENGUAJE

La angustia como ejemplo*

Fernando Lolás Stepke
Universidad de Chile

Este trabajo presenta los fundamentos del análisis de categorías afectivas en el lenguaje, tomando como ejemplo los estudios realizados en torno a la angustia y sus formas. Se discuten en forma especial los requisitos que deben cumplir las categorías temáticas para un análisis del contenido afectivo que pueda emplearse con fines heurísticos y predictivos.

(This paper presents the foundations of the analysis of the affective categories in language based on studies made on different aspects of anguish. There is a special discussion on the requisites of the thematic categories needed for an analysis of the affective contents that can be used with heuristic and predictive purposes).

EMOCIÓN, AFECTO Y LENGUAJE

En las lenguas naturales existen palabras y expresiones que sus hablantes reconocen ligadas a la emoción y el afecto. Algunas sugieren que los “afectos” determinan el comportamiento manifiesto; se dice, por ejemplo, “saltó de alegría”, “la rabia lo enceguació”. Estas y otras expresiones parecen atribuir a estados internos de naturaleza afectiva un carácter antecedente y hasta explicativo de los actos.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto Fondecyt 1940392.

Si bien en ocasiones puede ser difícil separar netamente el vocabulario emocional del lenguaje corriente, la mayor parte de los hablantes de una lengua reconoce, por el contexto y la situación, las finalidades que cumple el primero. En ocasiones, comunicar a otro hablante un estado de ánimo. A veces, describir metafóricamente un estado de cosas que no necesariamente involucra al hablante. Y hay ocasiones en las cuales las expresiones afectivas son señales para los propios hablantes, que de este modo “toman conciencia” o se aperciben para comportamientos concordantes con los estados de ánimo descritos en el lenguaje. El universo nocional afectivo, con todas sus formas y variedades, puede “funcionar” diversamente según las circunstancias.

La mayoría de las personas basa sus juicios socialmente útiles e infiere estados y rasgos en otras a partir del conjunto de datos proporcionado por el lenguaje, la conducta manifiesta e indicadores corporales involuntarios (por ejemplo, el rubor, la aparición de sudor, etc.). Las definiciones de emoción destacan diversos criterios: estados “interiores” del yo, a veces inefables, tendencias a la acción, cogniciones de tipo peculiar, mecanismos fisiológicos, etc. El plano de lo fisiológico suele considerarse más “objetivo” por cuanto, ausente la mediación verbal, puede estudiarse en animales e individuos privados de habla. Sin embargo, su estudio plantea el problema de la equivalencia de los términos empleados con fines descriptivos: la fisiología del sistema nervioso registra la noción de “rabia falsa” (sham rage) para ciertos comportamientos producto de lesiones encefálicas a los que parece faltar la direccionalidad propia de la agresión deliberada. El observador no entrenado puede con justicia preguntarse si acaso vale la pena llamar rabia a algo que no lo es o si una definición parcial de la rabia es suficiente para hacer relevantes tales estudios¹.

Sin duda, la postura más próxima a la experiencia universal es que los términos emocionales o afectivos son **constructos** de orden superior no reducibles a ninguna determinación metódicamente acotada: ni puramente procesos fisiológicos, ni sólo etiquetas verbales, ni exclusivamente comportamientos manifiestos². La integración de estos distintos textos produce un resultado al cual *pars pro toto* se asigna un término del vocabulario emocional, el cual es un nodo semántico que incluye tendencias, procesos corporales, evaluación y comportamiento aparente³. Al modo de un “hipertexto”, al “abrir” los términos emocionales, se encuentran infinidad de connotaciones y significados anejos que hacen difícil sostener que puedan constituir un vocabulario preciso para diagnosticar y predecir comportamiento e ideación.

1 Lolas, F. “El estudio psicofisiológico de la emoción”. *Salud Mental* (México) 9: 9-13, 1986.

2 Lolas, F. “Psychophysiological Triad and Verbal System in the Study of Affect and Emotion”. *Psychopathology* 21: 76-82, 1988.

3 Lolas, F. “Sobre el lenguaje emocional. Consideraciones críticas sobre métodos de análisis”. *Lenguas Modernas* (Santiago) 21: 169-178, 1994.

AFECTOS, ATMÓSFERAS, SITUACIONES.

Constreñido solamente al lenguaje, el observador experimenta considerable ambigüedad. Todas las lenguas naturales parecen tener un exceso de contenido en relación a la expresión verbal. Los términos pueden adquirir connotaciones limitadas a una época o un grupo. Hay polisemias, equivocidades y significados idiosincráticos. Los límites entre lenguaje emocional y lenguaje no-emocional son confusos. Los usos metafóricos del lenguaje oscurecen las distinciones. En ocasiones, la única forma de entender una expresión reside en considerar el contexto en que se emite, la conducta que la acompaña o las consecuencias sociales que conlleva.

El carácter “afectivo” o “emocional” viene dado a las expresiones verbales por su ligazón con la subjetividad, el acaecer somático o la tendencia a acciones que señalan una motivación valorativa, esto es, placer-displacer, atracción-repulsión, entre otras. El “modelo de hombre” vigente en una época determinada agrega un término de relación con la racionalidad; en ocasiones se ha caracterizado a las emociones por actos irracionales o juicios errados sobre la realidad. La familia de términos que en el mundo antiguo aludía a los afectos estaba vinculada con la pasividad del alma en relación a las alteraciones del cuerpo. Afecto quería decir “estar afectado” por algo, estar cogido por una “pasión”. En las enseñanzas de Crisipo, de la escuela estoica, se sostiene que en el hombre maduro las tendencias e instintos animales están supeditados a un *hegemonikon* que es la razón, el *logos*. Presente el *logos*, todas las acciones humanas deben entenderse como sus transformaciones. De allí que las tendencias e instintos se conviertan en interpretaciones, o juicios, sobre aquello que les mueve o causa. Esta específica valoración del objeto del instinto se llama en general “*pathos*”. Si bien no existe uniformidad entre los autores en su exacta definición, la mayoría concuerda en reconocer cuatro grupos de *pathe*: *hedone* (placer), *lype* (dolor, displacer), *phobos* (miedo), *epithymia* (deseo). La definición, en cada caso, consta de dos partes: la primera alude a una reacción corporal, la segunda a aquello en que consiste la opinión. Así, el dolor es una irracional retirada o una opinión espontánea sobre la presencia de un mal, el miedo una retirada o huida ante un peligro presente⁴.

Es significativo que la mayoría de los afectos, con la sola excepción del placer sensorial, sean de naturaleza negativa. Y es también destacable que la mayoría de los términos evoque perturbaciones en la relación entre individuos humanos. Estas dos características se mantienen hasta hoy. Tenemos en la actualidad más métodos para medir la angustia y los afectos negativos que para

4 Cf. Craemer-Ruegenberg, I. “Begrifflich-systematische Bestimmung von Gefühlen. Beiträge aus der antiken Tradition”. En: Fink-Eitel, H., Lohmann, G. (Eds.) *Zur Philosophie der Gefühle*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt/Main, 1993. Pp.20-32.

evaluar la alegría y los afectos positivos. Nadie duda que los afectos son importantes por sus implicaciones sociales, al punto que el “experimento mental” de concebir seres humanos sin afecto lo que más destaca es el impacto social⁵. La “apatía” estoica, nunca plenamente entendida –ni aún en su época– no consiste tanto en negar los afectos cuanto en no hacerlos el centro de la vida, por irracionales. El sabio es “eupático” porque transforma los movimientos y apetencias instintivas en “razonadas” apetencias y en equilibrados rechazos. Del placer hace felicidad, de la apetencia desordenada, voluntad, del miedo, precaución. Para Crisipo, no puede haber total irracionalidad en el hombre, y un *alogon* pleno. Puede haber juicio errado, corregible por medidas apropiadas y ayuda justa (terapeia). Se trataría de mejorar las cogniciones, diríamos hoy, no simplemente mejorar el ánimo.

Schmitz⁶ presenta una tesis interesante, según la cual los afectos o sentimientos no son estados de mundos interiores sino atmósferas, en un sentido espacial. El sentir en ellas, a través de la modificación corporal, llevaría al sentimiento en el contexto de situaciones concretas. Las situaciones son definidas como totalidades múltiples absoluta o relativamente caóticas. Consisten de cosas y programas, entre los que cabe mencionar deseos, finalidades, eventuales “usos” y códigos. Las situaciones engloban personas y grupos por obra de su presencia atmosférica, recogida en la competencia comunicativa del lenguaje materno, en el que las palabras recogen impensados ángulos, tendencias y significaciones, fascinantes y misteriosas, no reducibles a ningún componente en particular y a veces identificables con lo numinoso. Sentir vendría a ser percibir y resonar con las atmósferas y reaccionar en consecuencia, especialmente en el ámbito corporal. El cuerpo del que Schmitz habla no es el *Körper* en tanto entidad mecánica sino el *Leib*, el cuerpo animado que se siente a sí mismo y que es el asiento de las intencionalidades de la vida psíquica. Aparte de posibles derivaciones hacia una teoría de la subjetividad, el punto de vista de este autor destaca el valor poético del lenguaje en tanto producto y fuerza productiva de interacciones emocionales, sin caer en la habitual unilateralidad de las reducciones a comportamiento verbal, papel social o pulsión fisiológica y superando las dificultades inherentes a una definición puramente individualista del afecto. Una simple consideración de lo atmosférico lleva a explicar como, por ejemplo, la recepción de una descripción emocionante varía según el sujeto de la enunciación. Plantea, entre otras, la distinción entre una retórica del descubrimiento de afectos en la vida social y una lógica de su producción, hasta ahora por lo general constreñida a analizar lo que ocurre en individuos aislados. La tradicional dicotomía cognición-

5 Shaffer, J. “An Assessment of Emotion”. *American Philosophical Quarterly* 20: 161-174, 1983.

6 Schmitz, H. “Gefühle als Atmosphären und das affektive Betroffensein von ihnen”. En Fink-Eitel, H., Lohmann, G. (Eds.) *Zur Philosophie der Gefühle*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt/Main, 1993. Pp. 33-56.

emoción puede ser abordada de una manera más integral, no ya sólo como diferentes formas de procesamiento de información dentro del individuo sino como la interacción entre formas prefiguradas de codificación, depositadas en el lenguajes, percepciones culturalmente asociadas a situaciones (a veces específicas de una cultura por el significado ancestral de sus rituales) y formas de sentir, incluso corporales, que determinan lo que es propio, o apropiado, para el hablante de una lengua, que es al mismo tiempo habitante de un mundo vital (*Lebenswelt*) sólo parcialmente reproducible en los esquematismos de las disciplinas psicológicas. Llama la atención al papel cohesionador u organizador (en el sentido de dotar de significado) del lenguaje emocional. Agotar las diferenciaciones, arribar a una adecuada taxonomía de personas, situaciones, ambientes, es legítima tarea de la indagación antropológica⁷.

EL ANÁLISIS CATEGORIAL DEL AFECTO EN EL LENGUAJE

Hay indicios históricos de organizaciones del contenido que hoy parecen infundadas o irracionales. La obra de Kircher y otras citadas por Eco en su comentario de las lenguas filosóficas han quedado, desde Leibniz en adelante, como ejemplos de una empresa imposible: la de organizar *a priori* toda la experiencia posible⁸.

Sin embargo, la elaboración de categorías de contenido o de significado es una tarea esencial en las ciencias, ya sea para clasificar, ya para dividir. Agrupar lo semejante y separar lo diferente han sido desde siempre las metas de la tarea taxonómica, primer peldaño de toda disciplina, como enumeración, o listado, de problemas legítimos. El universo nocional en relación a los afectos, y el aparato sígnico que le es inherente, han permitido importantes desarrollos de la semiótica y la dinámica de los afectos. Las categorías escogidas pueden definirse extensivamente, mediante diccionarios, o bien a través de algún principio de clasificación que identifique afectos o sus consecuencias sociales y psicológicas. En esta tarea, el compromiso estriba en equilibrar las taxonomías populares, o del sentido común, frecuentemente empleadas en forma implícita en el trabajo clínico

7 Se excusará que no reiteremos la habitual discusión sobre teorías clásicas de la emoción. Según hemos observado en otros lugares, tales teorías, históricamente, se han abocado a dar razón o bien de la experiencia emocional o bien de la expresión emocional. Ambos aspectos se vinculan a distintas estructuras del sistema nervioso central y, por supuesto, tienen implicaciones distintas al momento de formular una teoría integradora. Una discusión de estos y otros aspectos puede encontrarse en Lolas, F. *Introducción histórica a la psicología fisiológica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1979 y en Lolas, F. *La perspectiva psicosomática en medicina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1984.

8 Eco, U. *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*. Crítica, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1994.

y también en la comunicación corriente, con taxonomías de poder heurístico y predictivo que permitan dar sentido al trabajo en el marco de una teoría empíricamente abordable.

Los usos de un trabajo semejante son diversos. Una substancia o persona puede quedar descrita como el **conjunto de todos los accidentes o atributos predicables de ella, accesibles a la empiria metódica del análisis de categorías**. Obviamente, *a priori* no puede decidirse cuales categorías serán más relevantes o apropiadas. Lo que se puede decidirse de antemano es su utilidad, en el sentido de aplicación. Describir personas en base a una o dos dimensiones puede ser insuficiente en algunas circunstancias y plenamente suficiente en otras. Anticipar comportamientos puede lograrse mediante categorías validadas por información no verbal o fisiológica.

La naturaleza de las categorías, a tenor de lo antes dicho, debiera ser no una simple sumatoria de acaeceres, ni resumen de elementos sino **modalidades para articular lo que las lenguas naturales permiten decir**. No simples nombres, o rótulos, o etiquetas, sino **esquemas de acción** que traducen del lenguaje al contexto en que el texto en estudio tiene la plenitud de sus significaciones para los hablantes naturales de la lengua⁹. Como concreciones de atmósferas, los textos son más que los dichos de unos hablantes, pues reproducen –y producen– un plexo situacional que incluye, encubiertos, los códigos de su desciframiento. La tarea es destructiva también en un sentido creativo, pues no consiste solamente en la fragmentación de los términos en sus elementos constituyentes, los que por adición no reconstruyen lo original, sino en la descomposición de las acciones que la palabra ha captado y congelado. Ninguna emoción, reflejada en el lenguaje, es sólo materia de una síntesis o acopio de informaciones. Es, en realidad, la reconstrucción de un conjunto global de atributos, algunos presentes en la situación y otros com-presentes, que el lenguaje, que no ha sido inventado sino adquirido por los hablantes, deja traslucir. Como dice Heidegger, “*die Sprache spricht*”, el lenguaje habla. La pragmática reconstructiva de la situación en conjunto puede orientarse a los hablantes, a los observadores, a la cultura, a los propósitos individuales o colectivos, a la fisiología subyacente, o a cualquier elemento que el análisis declare relevante.

El estudio del significado emocional o del saber emotivo propone como desafío el descifrar diferentes estratos significativos del lenguaje. Esta tarea no es tanto descriptiva cuanto poética, toda vez que el lenguaje no es solamente producto sino también fuerza productiva y los textos emocionales, más allá de su anclaje en personas y situaciones, contribuyen a construir el ambiente que las personas habitan. No otro es, en cierta forma, el sentido de los *logoi kaloi*, las

9 Lolas, F. “The Categorization of Behavior and the Expression of the Emotions”. En Koptagel-Ilal, G., Tuncer, G. (Eds.) *Proceedings of the 11th Conference on Psychosomatic Research*, Istanbul, Turkey, 1981.

bellas palabras y los ensalmos con que desde los albores de la vida humana, esto es, fundada en el lenguaje, se ha tratado de ayudar a que las personas en aflicción desconstruyan y construyan el mundo creencial y vivencial que habitan. No hay pretensión de agotar todo lo que pueda saberse, mas de estudiar aquello que la teoría en boga anticipa como relevante o útil, pues no hay saber sin interés, aunque el interés sea abstracto y carente de utilidad inmediata.

Roland Barthes ha expresado una idea semejante cuando escribe que el “objetivo de cualquier actividad estructuralista, sea de carácter reflexivo o poético, consiste en reconstruir un “objeto” de tal modo que en su reconstrucción aparezcan las leyes de su funcionamiento... Creación o reflexión no son aquí “copia” del mundo fiel al original, sino verdadera producción de un mundo que se parece al primero, pero al que no pretende copiar sino hacer inteligible”¹⁰.

La “lectura” prevista por el análisis de significados o de contenidos en el sentido aquí expuesto no aspira a ser única ni excluyente. Solamente, a explicitar los fundamentos de su elección que no es antojadiza sino avalada por una “utilidad” teóricamente justificable.

CONSECUENCIAS METODOLÓGICAS. LA ANGUSTIA COMO EJEMPLO

Consecuente con los principios reseñados, nuestro trabajo se ha centrado en la definición de categorías de contenido que representan esquemas de acción más que rótulos estáticos. La definición del afecto estudiado depende en cada caso de lo que el hablante hace, dice, o dice que hace. La ponderación de lo dicho se realiza en base al principio de personalización o subjetivación, la autoatribución del hablante de lo dicho o su desplazamiento a otros agentes y sujetos, y en base al principio de centralidad, en relación al constructo o categoría predefinido. La angustia de muerte, por ejemplo, se juzgará más intensa si la alusión a la muerte es directa e inequívoca y más atenuada si ella es inferencial, por ejemplo, mediante referencias a heridas o daño no mortífero.

El metatexto de categorías es un instrumento para la cuantificación. La mayor frecuencia de una determinada categoría permite inferir una mayor intensidad del afecto aludido en ella. No se trata, por cierto, de hacer de lo cuantitativo el único criterio de aplicabilidad. Sin embargo, en la tipificación de individuos y situaciones contribuye a adecuar las comparaciones a una métrica homologable a través de situaciones, de individuos y de sus interacciones. Asimismo, la dimensión cuantitativa, al producir comparables basamentos para

10 Tomo la cita de un libro de J.J. Saurí, también relevante: *Qué es diagnosticar en psiquiatría*, Editorial Bonum, Buenos Aires, 1994, en el que, al hacer un análisis del proceso diagnóstico, se le identifica en alguno de sus momentos con “seguirle la pista a la cadena de significantes”.

el juicio, permite seguir las oscilaciones de los afectos de una manera intuitivamente atrayente. La mensura, como cualidad abstracta, es un *tertium comparationis* que ancla lo observado en un sistema de coordenadas que siendo en cierta medida invariante permite expresar la variabilidad, que es la marca de los afectos¹¹.

En nuestros estudios, hay una categoría que ha merecido la mayor atención en virtud de su relevancia antropológica y clínica. En la ansiedad pueden, paradigmáticamente, ponerse en discusión algunos principios metodológicos esenciales, si bien aquí en forma necesariamente esquemática.

Para el diseño de un sistema de cuantificación de la ansiedad que tome como base el habla, son necesarias dos consideraciones preliminares. Primero, recordar que el plano de lo verbal no puede agotar la totalidad de lo significado en el término angustia o ansiedad¹². La multidimensional del análisis puede ser momentáneamente ignorada, pero no debe ser olvidada. En la práctica, ello significa que puede haber circunstancias en que hablemos de angustia sin una traducción en el plano verbal¹³.

Una segunda consideración preliminar se refiere a la imposibilidad práctica de encontrar afectos “puros” aislados. Nunca está alguien sintiendo solamente angustia, por más que la mayor relevancia de este afecto pudiera opacar otros. Nunca se da, excepto justamente en el análisis, la existencia de un único sentimiento, sino constelaciones. Cuando el observador hace uno de ellos el punto céntrico de su indagar, lo que en realidad hace –y tal es el fin de nuestro método– es destacarlo a través de ciertas claves.

Tres aspectos son tradicionales en la discusión sobre la angustia. Es el primero su diferenciación del miedo. Mas ella, que ya Kierkegaard hizo tema para la filosofía, basada en la existencia de un objeto externo “real: en el caso del miedo, y en la presunta inexistencia de éste, en la angustia, no ha quedado sin

11 Sobre algunos principios metódicos, puede encontrarse una más extensa discusión en Gottschalk, L.A., Winget, C.N., Gleser, G.C., Lolas, F. *Análisis de la conducta verbal*. Editorial Universitaria, Santiago, 1984; en Gottschalk, L.A., Lolas, F. *Estudios sobre análisis del comportamiento verbal*. Editorial Universitaria, Santiago, 1987; en Gottschalk, L.A., Lolas, F., Viney, L.L. (Eds.) *Content Analysis of Verbal Behavior*. Springer-Verlag, Berlin-Heidelberg-New York, 1986 y en numerosos artículos.

12 No haremos, para los fines de este análisis, distinción entre ansiedad y angustia, tal y como es sin duda posible en otras lenguas. Podría aceptarse que el término angustia –por su relación con angor– recoge mejor la dimensión corporal del afecto que circunscribimos, pero en la presente discusión lo que debe primar son los atributos más generales que en ambos vocablos se recogen.

13 Lolas, F. “La angustia como constructo multidimensional”. En Lolas, F. (De.) *Angustia. Clínica, Investigación, Terapéutica*. Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía, Santiago, 1990. pp.63-87. También véase Lolas, F. “La evaluación cuantitativa de la angustia: una perspectiva psicofisiológica”. *Terapia Psicológica* (Santiago) 7(10):24-32, 1988.

discusión. Autores como Rudolf Bilz y Sigmund Freud, desde perspectivas distintas, proponen una implicación recíproca. Para algunos, la comprensión de la angustia debiera ser procesual: primero miedo (a “algo” así sea indeterminado), luego la experiencia de una incapacidad de huir de al (sentimiento de la estrechez “sin salida”) y finalmente, los esfuerzos por elaborar las consecuencias de esta cadena de acaeceres¹⁴. Esta concepción “procesual” de la angustia supera la simplificadora concepción de ella como “rasgo” más o menos duradero o como “estado” transitorio y permite una integración con otros estados psicológicos. Sin duda alguna, la desesperación puede también vincularse a la angustia como la pérdida final de todo esfuerzo o voluntad de “encontrar salida” y acercarse así al sentimiento de muerte que tan frecuentemente va anexo a los estados angustiosos. No está ajena a este plexo de significaciones, al menos en las culturas que viven el tiempo linealmente, la noción de una temporalidad que guarda amenazas en el futuro, en el cual también se sitúa la muerte. Toda angustia es un representarse a sí mismo en un futuro amenazador.

Desde el punto de vista metodológico, el único que aquí tenemos presente, debe por lo tanto destacarse que tanto el miedo como la angustia son intencionales, en el sentido de un referente del cual derivan su entidad. Más importante aún, ambos afectos –si es que se aceptara su diferenciación– son formulables proposicionalmente. Como relación a “algo” que amenaza, que dada, que limita, la transitividad es sin duda elemento que cabe discernir en todo diagnóstico, por más que el “algo” permanezca innominado, hay una “relación proposicional” entre el sujeto y él. Este carácter apunta a otro: la reflexividad, pues va implícita en esta relación que es al sujeto de la enunciación –o, personalizando, a “mi”– que ocurrirá algo indeseado o nefasto, de difícil o imposible evitación. En la expresión verbal de la mayoría de los hablantes, los enunciados angustiosos contienen además un factor de motivación a sustraerse al estado presente, ya por medios propios, ya por intervención de agentes externos al sujeto.

Es en estas consideraciones que metodológicamente la distinción entre miedo y angustia puede ponerse entre paréntesis y diseñar sistemas de evaluación que no la contemplen. Cualquier método debe sin embargo respetar la proposicionalidad potencial, la reflexividad, la actividad propia o ajena y validarse en situaciones y circunstancias en las cuales haya evidencia independiente de que los otros componentes del complejo “angustia” –esto es, el fisiológico y el conductual– sean evidenciables.

La riqueza de la descripción fenomenológica no siempre puede convertirse en ordenada instrucción para el análisis empírico sin formales modificaciones de

14 Fink-Eitel, H. Angst und Freiheit. “Überlegungen zur philosophischen Anthropologie”. En Fink-Eitel, H., Lohmann, G. (Eds.) *Zur Philosophie der Gefühle*. Suhrkamp Verlag/Franfurt Main, 1993. Pp. 57-88.

perspectiva o procedimiento¹⁵. El segundo aspecto frecuentemente aludido en relación a la angustia, el carácter de “estrechez”, de carencia de salida, de acercamiento-repulsión, no ha tenido, en nuestras investigaciones, una expresión precisa. Confluyen a dificultar la conversión en regla empírica varios elementos de esta descripción. En primer término, para analizar un texto es menester definir unidades de codificación en las que se supone esté contenido la mínima unidad significativa. Hemos observado en otros lugares lo inadecuado de tomar “palabras” como unidades, y más arriba hemos agregado argumentos adicionales. Existe la posibilidad de tomar unidades mayores, tales, por ejemplo, como los “temas” o los “tópicos”, o incluso conversaciones enteras. Es posible que allá el elemento indicado apareciera con mayor nitidez, especialmente en lo relacionado a las “explicaciones causales” que algunos procedimientos toman como base para el análisis. En la mayor parte de nuestros estudios, la unidad de codificación ha sido la oración o cláusula gramatical, en la que a veces, mas no siempre, puede evidenciarse el factor indicado¹⁶.

El tercer elemento esencial para una discusión de las metodologías de medición es la estrecha relación al sujeto que la angustia exhibe, tal como hemos indicado antes. Es centrando la atención en el hablante como este carácter puede ser tenido en cuenta. La codificación de las expresiones es, necesariamente, materia de sensibilidad analítica por parte del lector, pero la regla general establece que la participación personal del hablante en lo dicho puede sistematizarse eficazmente. Los “desplazamientos” hacia otros seres vivos, objetos inanimados o situaciones es, de hecho, uno de los fundamentos de la cuantificación que hemos empleado.

Las diferentes formas de angustia que el análisis distingue no agotan, ni se espera que lo hagan, la multiplicidad de la experiencia. Aquellas no “ligadas” a un afecto más específico –por decirlo en términos antiguos– a un “pathos”, se reúnen en una categoría especial, denominada difusa, que recoge aquellas expresiones carentes de una explícita direccionalidad. Al distinguir las “formas” angustia de separación, de muerte, de vergüenza, de culpa y de mutilación, se toma como fundamento el universo nocional más usado desde el punto de vista psicológico. Así, por ejemplo, en el caso de la ansiedad de muerte, esta categoría incluye toda referencia a la muerte en cuanto tal, a la amenaza de morir o de matar, al temor de morir, a intenciones de morir o ser muerto, que pueden ser expresadas por el

15 Una mayor discusión sobre este punto en Lolas, F. “Behavioral Text and Psychological Context: On Pragmatic Verbal Behavior Analysis”. En Gottschalk, L.A., Lolas, F., Viney, L.L. (Eds.) *Content Analysis of Verbal Behavior*. Springer-Verlag, Berlin-Heidelberg-New York, 1986. pp.11-28.

16 La extremada simplificación a que sometemos nuestra argumentación obliga a remitir a otros trabajos. Entre ellos Lolas, F. “Del análisis de contenido al análisis de significado”. *Anales de Psiquiatría* (Madrid) 6: 269-274, 1990.

hablante en tanto sí mismo (en inglés, self), referidas a otros seres vivos (o atribuidas a estos), objetos inanimados o situaciones. Se incluye además una categoría denominada “negación de ansiedad de muerte” para todos aquellos enunciados en los que expresamente se alude a la ansiedad de muerte para atenuarla, negarla o matizar la afirmación. Ya hemos observado que se asigna ponderaciones a los enunciados dependiendo de si el hablante asume el afecto o lo desplaza y dependiendo, además, de lo próximo que se encuentre el enunciado a lo nuclear del afecto “ansiedad de muerte”. La evaluación depende, por lo tanto, de una lectura cuidadosa del texto y de una definición extensiva, en base a ejemplos, de las numerosas instancias en que se encuentra reflejado el afecto “ansiedad de muerte”. Lo propio vale, por supuesto, para los otros tipos de ansiedad o angustia.

En el caso de la ansiedad difusa, o inespecífica, como categoría en cierto sentido residual, la evaluación del afecto depende, adicionalmente, de palabras clave o de expresiones sintagmáticas que la lengua natural en que se conduce el análisis identifica con ansiedad o sus sucedáneos. Es el caso, por ejemplo, de expresiones tales como “me dolió” o “pasé un período negro”, cuyas connotaciones –en español– refieren a desagrado, molestia, inquietud, sin distinguir algún elemento tipificador. De estar éste presente, debe preferirse codificar en alguna de las otras variedades de angustia-temor: muerte, separación, vergüenza, culpa o mutilación.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de categorías de contenido afectivo no reemplaza, ni supera, la lectura simpática e intuitiva de un texto. Para su correcto desarrollo, las categorías deben basarse no en rótulos estáticos ni en simples diccionarios sino en modalidades de actos de habla que en una comunidad lingüística se identificarían con afectos. Entre los elementos del lenguaje emocional debe distinguirse su referencia a los componentes somáticos (o viscerales), la relación con un sujeto del afecto o “pasión”, la indicación de actos de aproximación o alejamiento del objeto relacionado con el afecto y la descripción, explícita o implícita, de un contexto situacional social. Para el caso de la ansiedad o angustia, no se hace diferencia entre este afecto y el miedo, se toma en consideración su carácter proposicional (explícito o implícito) y los desplazamientos a distintos sujetos de enunciación, elementos todos que junto a la participación personal del hablante contribuyen a definir el afecto y contribuyen a su cuantificación.